



V Centenario de su nacimiento
1615 - 2015

2ª FICHA DE FORMACIÓN TERESIANA

EL PROCESO DE CONVERSIÓN EN LA ESPIRITUALIDAD TERESIANA

Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no le dejaban descansar las ruines costumbres que tenía (V9, 1-3)

Mario Domínguez (Carmelo Seglar)

I. Palabras de la iglesia Chilena: Orientaciones Pastorales 2014-2020 “Una Iglesia que escucha, anuncia y sirve”.

“La llamada a la conversión es una invitación a renovar nuestra mirada de fe para reconocer el paso de Dios en la complejidad de nuestra realidad actual; y también una llamada a renovar nuestra respuesta fiel a ese paso de Dios” (OOPP 22)

En el corazón del pueblo cristiano anida un hondo **anhelo de renovación de la Iglesia**. Una renovación que conduzca a revitalizar la identidad la Iglesia, dada por la vinculación a su Maestro y por la misión recibida de proclamar el Evangelio al mundo entero; y en fidelidad a esta misión nos mueva a abandonar las estructuras caducas que ya no favorecen la transmisión de la fe. «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar» (Pablo VI, “Evangelii Nuntiandi”, 14). El anhelo de renovación se enraíza también en una percepción de que la Iglesia necesita vincular mejor su mensaje y sus prácticas a la cultura actual. Si hoy día la Iglesia tiene un bajo nivel de credibilidad entre los chilenos, al menos parcialmente se debe a que sus gestos y su lenguaje impactan poco la conciencia nacional.

También se va abriendo espacio en la conciencia de los creyentes la necesidad de fortalecer una **pedagogía del encuentro** personal con Jesús y entre nosotros; de valoración del **diálogo**, de la escucha mutua respetuosa y benevolente; de la urgencia de fortalecer una práctica de **discernimiento** espiritual y pastoral, que nos permita mantenernos activamente fieles en estos tiempos cambiantes y a veces oscuros. Crece la conciencia sobre la urgencia de fortalecer la capacidad de ser misericordiosos con todos, de construir comunión en la diversidad, de abrir espacios de participación mucho más amplios, como condiciones indispensables para una renovación en la calidad de nuestra respuesta pastoral” (OOPP, 11f y 11g)

“Proponemos los siguientes grandes criterios orientadores para nuestra acción eclesial en vistas de discernir los signos de los tiempos y responder mejor a los desafíos de los nuevos tiempos que estamos viviendo:

a. **Centralidad de Jesucristo**, Señor de la vida. En el encuentro con Cristo nuestra vida adquiere un sentido nuevo y más pleno. La fe no se reduce a meros contenidos o normas, sino que es ante todo el encuentro personal con Dios que se nos ha manifestado en la persona de Jesús.

b. **Valor y dignidad de toda persona humana**, cualquiera sea su condición. El ser humano está llamado a una plenitud, que los creyentes reconocemos en Cristo: la verdadera Vida se alcanza cuando nos hacemos capaces de gastar nuestra vida en dar vida a otros, tal como hizo el Señor Jesús. Estamos convocados a «vivir el Evangelio de la fraternidad y la justicia» (Francisco, “Evangelii Gaudium”, 179).

c. **La Iglesia está llamada a ser servidora del Reino de Dios**, en la escucha comunitaria y corresponsable de la Palabra, en el servicio humilde a la vida de toda persona humana y en el anuncio gozoso de la fe a todos los hermanos y hermanas. Esto lo vivimos en el marco del discernimiento pastoral, indispensable para la misión de la Iglesia. «Evangelizar es hacer presente en el mundo el Reino de Dios» (Francisco, “Evangelii Gaudium”, 176). (OOPP, 15)

II. Palabras de Teresa

“Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no le dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaecióme que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allá a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. **Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe El con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle**”. Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena y muy muchas veces pensaba en su conversión, en especial cuando comulgaba, que como sabía estaba allí cierto el Señor dentro de mí, poníame a sus pies, pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas. Y no sabía lo que decía, que harto hacía quien por sí me las consentía derramar, pues tan presto se me olvidaba aquel sentimiento. Y encomendábame a aquesta gloriosa Santa para que me alcanzase perdón. Mas esta postrera vez de esta imagen que digo, me parece me aprovechó más, porque **estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios**. Paréceme le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces” (Vida 9, 1-3)

“Hasta los predicadores van ordenando sus sermones para no descontentar. Buena intención tendrán y la obra lo será; mas ¡así se enmiendan pocos! Mas ¿cómo no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos? ¿Sabe qué me parece? Porque tienen mucho seso los que los predicán. No están sin él, con el gran fuego de amor de Dios, como lo estaban los Apóstoles, y así calienta poco esta llama. No digo yo

sea tanta como ellos tenían, mas querría que fuese más de lo que veo. ¿Sabe vuestra merced en qué debe ir mucho? En tener ya aborrecida la vida y en poca estima la honra; que no se les daba más -a trueco de decir una verdad y sustentarla para gloria de Dios- perderlo todo, que ganarlo todo; que a quien de veras lo tiene todo arriscado por Dios, igualmente lleva lo uno que lo otro. No digo yo que soy ésta, mas querríalo ser”. (Vida 16, 7).

“Acá solas estas dos que nos pide el Señor: amor de Su Majestad y del prójimo, es en lo que hemos de trabajar. Guardándolas con perfección, hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con El. Mas ¡qué lejos estamos de hacer, como debemos a tan gran Dios, estas dos cosas, como tengo dicho!

La más cierta señal que, a mi parecer, hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos a Dios no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; mas el amor del prójimo, sí. **Y estad ciertas que mientras más en éste os viereis aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios;** porque es tan grande el que Su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo hará que crezca el que tenemos a Su Majestad por mil maneras. En esto yo no puedo dudar”. (5 Moradas, 3. 7 – 8)

“Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen y muy encapotadas cuando están en ella, que parece no se osan bullir ni menear el pensamiento porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión, y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas, no; **obras quiere el Señor, y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a tí; y si fuere menester, lo ayunes, porque ella lo coma, no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello.** Esta es la verdadera unión con su voluntad, y que si vieres loar mucho a una persona te alegres más mucho que si te loasen a tí”. (5 Moradas, 3. 11)

III. Aporte teresiano al proceso de conversión

El evangelista San Marcos nos narra en su evangelio que Jesús, después de su retiro en el desierto, comenzó su misión evangelizadora en Galilea con las siguientes palabras: «El tiempo se ha cumplido: el Reino de Dios está cerca. Conviértanse y crean en la Buena Noticia» (Mc. 1, 15).

En nuestros tiempos, la Iglesia nos está convocando a una renovada conversión para anunciar con más ardor el evangelio de Cristo a un mundo que lo necesita con urgencia.

Pero... ¿por qué necesitamos convertirnos? ¿No somos ya discípulos del Señor? O tal vez, ¿no será que no estamos lo suficientemente “vuelto hacia el Señor” para alumbrar a nuestros hermanos con Su luz? Nuestros obispos nos dicen que hoy se necesita una renovación de la Iglesia que la ayude a revitalizarse en su identidad y que la haga más creíble a los ojos de nuestros contemporáneos (cfr. OOPP 11f).

Podríamos centrar nuestra reflexión en estos tres puntos:

1.- La conversión es un proceso que dura toda la vida del cristiano. Sin embargo, es posible muchas veces identificar un momento preciso en el cual nos encontramos con el Señor. En el Libro de la Vida santa Teresa nos narra su encuentro con Cristo “muy llagado” (V 9, 1-3), que cambiará radicalmente su propia existencia y la hará entregarse a la obra de Dios sin reservas. En el actual proceso de conversión al que nos llama la Iglesia, **Teresa nos recuerda** que no hay verdadera conversión personal ni eclesial si ella no se realiza de cara a Jesucristo. Es lo que nuestros obispos nos dicen al hablarnos de la centralidad de Jesucristo (OOPP, 15) en la renovación que necesita la Iglesia, es decir, cada uno de nosotros. Con su vida y con sus escritos Teresa nos recuerda que sólo con la oración es posible que Cristo sea el centro de nuestra existencia.

2.- La conversión es necesaria para empaparnos de Cristo en nuestras actitudes y en nuestra mentalidad. Esto nos ayudará a dar testimonio del Señor con valentía. El Papa Francisco nos dice al respecto: “Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Repito aquí para toda la Iglesia lo que muchas veces he dicho a los sacerdotes y laicos de Buenos Aires: prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades” (EG 49). **Teresa quería**, para los evangelizadores de su tiempo, que ardieran “con el gran fuego de amor de Dios, como lo estaban los Apóstoles” (cfr. V 16, 7). Teresa nos impulsa a anunciar a Cristo con pasión, con ardor y con olvido total del “qué dirán” (nuestra “propia honra” en palabras de Teresa). Para esto, se requiere que nos convirtamos plenamente a Él, que primero nos dejemos evangelizar por Él.

3.- El mandamiento del amor que Cristo nos dejó, es como un termómetro para revisarnos cómo estamos en nuestra vida de “discípulos misioneros”. **Santa Teresa** es muy práctica en señalarnos que nuestro amor a Dios se reflejará en el amor que tenemos al prójimo. Nuestros pastores nos invitan a que en este proceso de evangelización nos gastemos en dar vida para que otros tengan vida, en que nos volquemos en el servicio de toda persona humana (cfr. OOPP 15) Tal vez deberíamos preguntarnos qué aspectos tenemos que convertir en nosotros mismos y en nuestras comunidades para hacer realidad el amor a nuestros hermanos. Teresa, maestra de oración, no duda en criticar a aquellos que se muestran tan diligentes en la oración, pero que descuidan el amor al prójimo. (cfr. 5 Moradas, 3. 11)

IV. Para profundizar personal y comunitariamente

1. –Desde lo leído ¿Qué realidades a nivel personal, eclesial y social, nos invitan a entrar en un proceso de conversión profundo?
2. ¿Qué te sugiere esta frase del Papa Francisco en tu proceso personal y comunitario de conversión?

“Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están” (EG 25)

3. - ¿Qué nos diría Teresa para afrontar este desafío de “no dejar las cosas como están”?

V. DOCUMENTOS DE PROFUNDIZACIÓN - ANEXO

Caminos de conversión personal, pastoral y estructural

Eduardo Pérez-Cotapos L. ss.cc.

Se me ha pedido una reflexión que motive al proceso de conversión, a la luz del texto motivador «Al ver la violencia del viento, Pedro tuvo miedo y como empezaba a hundirse gritó: “Señor, sálvame”» (Mateo 14,30). Al clamor de Pedro Jesús responde tomándolo de la mano y dándole seguridad, pero al mismo tiempo reprochándolo «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?». Esta es la experiencia de Pedro cuando se arriesga a caminar sobre las aguas. Pero los evangelios nos dicen que ésta es también la experiencia de la entera comunidad apostólica en el episodio de la tempestad calmada. El viento es contrario, a los discípulos les parece que la barca arriesga hundirse, y mientras tanto Jesús duerme; parece desentendido de la situación. Los discípulos lo despiertan reprochándole su inactividad, con palabras que cada evangelista expresa de un modo algo diverso, que es bueno recordar. En Marcos los discípulos dicen: «¡Maestro!, no te importa que nos ahogemos», a lo cual Jesús responde: «¿Por qué son tan cobardes? ¿Todavía no tienen fe?» (*Marcos 4,38.30*).¹ En Mateo dicen: «¡Señor, sálvanos! ¡Nos ahogamos!» y Jesús les responde: « ¿Por qué tan cobardes, hombres de poca fe?» (*Mateo 8,25-26*). En Lucas claman: « ¡Maestro! ¡Maestro! ¡Nos ahogamos!» y Jesús les pregunta: « ¿Dónde está la fe de ustedes?» (Lucas 8,24-25). Es sanador poner en contacto nuestras angustias e inquietudes con las de los primeros discípulos. Estamos en la misma barca, y en tantos momentos nos sentimos enfrentando tempestades semejantes, que nos asustan. En tantos momentos nos vemos envueltos por el miedo, la oscuridad, el desconcierto, el dolor, la vergüenza, la rabia, y puede que incluso surjan en nosotros reproches frente a la aparente inactividad de Dios. Es sanador expresar nuestros clamores, pero es aún más importante abrir el oído del corazón para escuchar las palabras de Jesús: ¿por qué tanto miedo? ¿Por qué tanta dificultad para confiarse en Dios? ¿No estarán demasiado exclusivamente centrados en sus propias fuerzas, en sus propias convicciones? Es en este horizonte espiritual y experiencial que me permito proponerles la reflexión de motivación para el tema de la conversión, que se me solicitado.

La «conversión» es una de las dimensiones fundamentales de la experiencia cristiana. Y forma parte de lo más medular de la predicación de Jesús. Nos cuenta el evangelista Marcos que Jesús inauguró su ministerio mesiánico proclamando el Evangelio de Dios: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; conviértanse y crean en el Evangelio» (*Marcos 1,15*).

¹ Uso la traducción de la «Biblia de la Iglesia en América» (BIA), publicada por la CECH en el marco de la Misión Joven, el año 2012.

¿Qué significa convertirse? Cuando escuchamos hablar de «conversión» casi espontáneamente imaginamos que se trata de corregir nuestros errores, y portarnos un

poco mejor. Es decir, pensamos en revisar y corregir nuestras conductas morales. Eso no está mal. Pero el llamado bíblico a la conversión es mucho más profundo. Es una desafiante invitación a cambiar de modo de pensar; de aprender a ver la realidad toda con ojos nuevos, con una mirada nueva porque situada en otro punto de vista. Se trata de renovar nuestros modos de entender la realidad; el «desde dónde» miramos a las personas y las situaciones.

Dicen los entendidos que las grandes transformaciones científicas o culturales, las grandes revoluciones científicas, no son el resultado de la simple acumulación de nuevos conocimientos: los grandes cambios de la humanidad se han producido cuando mentes lúcidas se han atrevido a pensar todas las cosas desde un punto de vista nuevo; desde un nuevo horizonte de comprensión.

La gran revolución en el modo de comprender el cosmos se produjo cuando Galileo se atrevió a decir que la tierra gira en torno al sol, en vez de afirmar que el sol gira en torno a la tierra, como parece ser tan evidente para nuestra percepción de directa y cotidiana.

El llamado cristiano a la conversión se enraíza en la novedad de la acción de Dios: «El Reino de Dios está cerca». Cada día Dios está actuando, y lo hace de un modo tan propio que supera absolutamente nuestros esquemas de pensamiento y nuestras estructuras apostólicas. Y eso es lo más maravilloso que puede sucedernos: que la obra de Dios nos deslumbe por su grandeza, que nos desafíe a ensanchar el corazón, que nos llame a la admiración reverencial por su obra. La Iglesia está al servicio del reinado de Dios, que la trasciende, la desborda, la desafía a estar en permanente proceso de conversión. Es decir, el auténtico llamado a la conversión no surge de la conciencia de nuestro pecado, de nuestras incongruencias, de nuestras fragilidades. Nuestros pecados, personales e institucionales, que no son pocos, nos humillan y nos hacen sufrir. Pero si nos centramos en ellos nos hacen entrar en una dinámica autorreferente, de auto-perfeccionamiento que terminará alejándonos de Dios. El llamado a la conversión no surge de la simple de revisar y reajustar nuestros proyectos pastorales, nuestras orientaciones pastorales. Eso sería imaginarse que bastaría con ajustar mejor nuestras planificaciones para hacer realidad el reinado de Dios en este mundo. No. El Señor nos lleva la delantera, y por mucho.² Es la percepción de la novedosa acción de Dios la que nos desafía a la conversión; no la reflexión autorreferente sobre nuestros problemas o nuestros proyectos. Son los «signos de los tiempos» que logramos reconocer, personal y eclesialmente, los que nos desafían a la conversión. Convertirse es volver a concentrar la mirada en Dios, siendo capaces de relativizar nuestros miedos, enredos y proyectos, para permitirle a nuestro corazón volver a latir al ritmo del corazón de Dios. Es someter todas nuestras estructuras y planificaciones a la pregunta por su utilidad para la proclamación del reinado de Dios.

² Recordar el episodio de Pedro en casa del centurión Cornelio, en *Hechos* 10,44-48: mientras el apóstol está lleno de dudas sobre si debe o no debe bautizar a los paganos, Dios derrama su Espíritu Santo sobre ellos.

La conversión a la que nos invita Jesús es el cambio necesario para poder creer en el

«Evangelio del reinado de Dios»: en la buena noticia del don inmerecido y sobreabundante de Dios, en el ofrecimiento de un perdón que nos sana y renueva para ponernos nuevamente al servicio de los hermanos (cf. *Marcos* 1,29-31, sanación de la suegra de Pedro, que la dispone para el servicio). El anuncio evangélico nos está desafiando: «¿Y si nos arriesgáramos a pensar las cosas de otra manera?». De un modo tal que nos libere de la «lógica mundana» para hacernos entrar en las actitudes profundas del corazón de Dios; que nos libere de todo aquello que nos está impidiendo ser apasionados testigos del reinado de Dios.

Algunos grandes campos del llamado a la conversión. Quisiera dar un paso más y proponer a la meditación de ustedes cinco grandes dimensiones en las cuales creo reconocer que en estos tiempos Dios nos está llamado a dar pasos de conversión.

1. Necesitamos volver a poner una atención preferencial en Dios mismo, más que en las consecuencias morales, sociales o doctrinales de la fe. Nuestra misión primordial es hacer presente a Dios, y me atrevo a pensar que ésta es una de las necesidades primordiales de nuestro mundo actual. Y de hecho hablamos poco de Dios. Considero central una de las afirmaciones de Benedicto XVI en la *Carta Apostólica Porta fidei*: «Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no sólo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado. Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas» (*Porta fidei* 2). Es decir, necesitamos hacernos cargo muy responsablemente de la «profunda crisis de fe que afecta a muchas personas». De modo especial la crisis de fe que están viviendo los jóvenes, ¿y quizá también algunos de nosotros mismos? En un mundo secularizado y fragmentado como el nuestro, no es nada de fácil jugarse toda la vida por Dios, vivir de cara al absoluto de Dios. Considero que en este ámbito se sitúa un primer y fundamental llamado a la conversión. Esta mirada puesta en Dios es la que nos permite alcanzar serenidad, libertad de corazón y audacia evangélica.

2. Estamos en tiempos en que como institución eclesial lo estamos pasando mal. Hay muchas cosas que nos duelen, y nos avergüenza reconocer que ciertas fallas y delitos se hayan dado y quizá se sigan dando también entre nosotros. Cuando uno está adolorido comienza centrarse en uno mismo, en la recuperación de su bienestar, en la pregunta adolorida y enrabada de cómo hemos llegado a esto, y comenzamos a olvidarnos del resto del mundo. Para la Iglesia esta puede ser una tentación mortal. Porque si se centra en ella misma y descuida su misión pierde su razón de ser. «La Iglesia está llamada a salir de sí misma e ir hacia las periferias, no solo las geográficas, sino también las periferias existenciales: las del misterio del pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia y prescindencia religiosa, las del pensamiento, las de toda miseria.

Cuando la Iglesia no sale de sí misma para evangelizar deviene autorreferencial y entonces se enferma (cfr. la mujer encorvada sobre sí misma del Evangelio)».3 Recuperar vigorosamente la conciencia de nuestra misión es lo que nos devolverá la salud espiritual como Iglesia. Es la mejor medicina, la mejor terapia, la fuerza vital para superar el mal que nos aqueja. La necesidad de vivir desde la conciencia de ser llamados para una misión, y que solo eso le puede dar sentido y calidad a nuestra vida, es un permanente llamado a conversión. Un llamado a hacernos servidores desde lo hondo de nuestro corazón.

3. Con frecuencia los evangelios presentan a Jesús exhortando a los discípulos a **no tener miedo**. Jesús nos dice lo mismo hoy: «no tengan miedo». No tengan miedo de la realidad que les toca vivir, y tampoco tengan miedo de ustedes mismos, ni tengan miedo de su comunidad eclesial.

En algunos momentos nos hemos creído superiores al resto y nos hemos transformado en jueces severos y poco misericordiosos de nuestro país y de nuestros hermanos; en demasiadas oportunidades hemos descrito con tonos duros las «sombras de nuestro mundo». Hasta que ese mismo mundo, ciertamente con muchas sombras, nos ha hecho tomar conciencia de que las mismas sombras y el mismo pecado también están metidos en nuestro interior. Y que por lo mismo no nos haría mal revisar nuestro modo de hablar para darle más verdad y más credibilidad a nuestras palabras. ¿Cómo estamos reaccionando frente a este duro llamado de atención? ¿Negando los hechos? ¿Asustándonos y guardando silencio, replegándonos? ¿No será acaso un momento privilegiado para aprender lo que de verdad significa la misericordia; para nosotros mismos y para todos? ¿No será el momento para re-aprender que la Iglesia es de Dios, y no nuestra; y que está en sus manos; y que Él la conduce? Quizá en algún momento nos creímos superiores al resto, y por eso capacitados para anunciar el evangelio; y nos han hecho aterrizar y tomar conciencia que compartimos la condición humana, incluso en el pecado. Pero este mismo hecho nos abre la puerta de la solidaridad con todos los sufrientes y débiles, y puede enseñarnos a ser testigos del evangelio desde nuestra debilidad. Solo una profunda experiencia de Dios nos permitirá superar el miedo, la tendencia al auto-centramiento, y dinamizarnos en el servicio del Evangelio. Aquí reconozco otro llamado a la conversión.

3 De la Síntesis de las palabras del Cardenal Bergoglio en las reuniones preparatorias del Consistorio, marzo 2013. En el texto se hace referencia al episodio de Lucas 13,10-13.

4. La Iglesia es un **misterio de comunión**, está llamada a ser signo e instrumento de comunión. El desafío es hermoso pero difícilísimo. Vivimos en un país tensionado, con

tensiones subterráneas y ocultas, que son las más difíciles de trabajar. Muchas de estas tensiones tienen que ver con la dificultad para reconocernos cómo un país plural, en el cual cada grupo humano que lo conforma vea reconocida su dignidad. Como país vivimos desigualdades experimentadas como fruto de injusticias. Con una democracia formal, pero que llega a darle un estilo democrático a toda nuestra convivencia nacional. Como Iglesia también tenemos dificultades fuertes para reconocer la legítima diversidad existente entre nosotros, y construir una comunión que integre esa diversidad.

Con facilidad nos descalificamos mutuamente. O construimos mundos paralelos, que no se tocan, que no interactúan entre ellos. O relegamos a grupos enteros de personas a una condición de segunda categoría; como es evidente en el caso de las mujeres. Nos hacemos daño entre nosotros mismos, consumiendo fuerzas en descalificarnos mutuamente y empobreciendo el testimonio de la Iglesia de Dios. Y aún no logramos generar en la Iglesia estructuras capaces de expresar claramente la corresponsabilidad que todos tenemos en la marcha de la comunidad cristiana por el hecho mismo de nuestro bautismo. El desafío de una comunión eclesial sana, plural, corresponsable, respetuosa de la legítima diversidad sigue siendo un llamado a la conversión. Y es evidente que este llamado necesita ampliarse en el trabajo ecuménico de comunión más plena con las diversas confesiones cristianas.

5. La auténtica vida cristiana está impregnada por la **alegría que nace de la fe**; del reconocimiento del don de Dios. La alegría es una conciencia agradecida del don recibido; inmerecidamente recibido. Una fe tristonada y obsesionada por el tema de las exigencias y de las culpas es una fe inmadura que aún debe abrirse más plenamente al misterio insondable de la misericordia de Dios. La 5ª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano nos plantea con mucha claridad este desafío de conversión: «La alegría del discípulo es antídoto frente a un mundo atemorizado por el futuro y agobiado por la violencia y el odio. La alegría del discípulo no es un sentimiento de bienestar egoísta sino una certeza que brota de la fe, que serena el corazón y capacita para anunciar la buena noticia del amor de Dios. Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo» (*Aparecida* 29). «Conocer a Jesucristo por la fe es nuestro gozo; seguirlo es una gracia, y transmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor, al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado. Con los ojos iluminados por la luz de Jesucristo resucitado, podemos y queremos contemplar al mundo, a la historia, a nuestros pueblos..., y a cada una de sus personas» (*Aparecida* 18). Necesitamos reavivar en nosotros la conciencia del don recibido, que nos permita vivir el gozo de la fe. El que vive triste, agobiado, sobrecargado, es porque aún no ha aprendido a acoger la enormidad del don de Dios.

Urgencias del llamado a la conversión. El llamado a la conversión no se reduce al nivel meramente individual o personal. Tiene también dimensiones propiamente comunitarias, eclesiales, estructurales de enorme importancia. Y de gran urgencia, porque se trata de elementos que si no son resueltos apropiadamente pueden causar

grave daño a la vida de la Iglesia. Me limito a esbozar otros cinco temas, porque es a esta Asamblea a la que le cabe hacer un discernimiento en este sentido.

1. La necesidad de re-vitalizar la experiencia de fe de nuestras comunidades cristianas. Un texto de Aparecida basta para plantear la problemática: «No resistiría a los embates del tiempo una fe católica reducida a bagaje, a elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados. Nuestra mayor amenaza es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad. A todos nos toca recomenzar desde Cristo, reconociendo que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (BENEDICTO XVI *Deus caritas est* 1).» (*Aparecida* 12). Esto nos plantea preguntas por el modo de vivir la liturgia y celebrar los sacramentos; por el modo de enseñar a leer espiritualmente la Biblia; por las distintas formas de catequesis; por las estructuras comunitarias para vivir la fe; etc.

2. Revisar las estructuras pastorales y organizativas de nuestra Iglesia para que ellas sea realmente funcionales a su misión: al anuncio del evangelio y la vivencia de la fraternidad.

Aparecida invitó a vivir este proceso llamándolo «conversión pastoral»: «Esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia.

Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe. La conversión personal despierta la capacidad de someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de vida» (*Aparecida* 365-366). Y más adelante: «La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera. ... haciendo que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera». (*Aparecida* 370). Nos surgen infinidad de preguntas sobre el modo de entender, proponer y vivir tantas de nuestras estructuras eclesiales; y quizá incluso sobre la validez de algunas de ellas. ¿Cómo hacer menos «pesadas» nuestras estructuras, cómo darles más transparencia y hacerlas más flexibles? ¿Cómo ponerlas más al servicio del anuncio del evangelio del Reino?

3. En la Iglesia es necesario prestar una particularísima atención al modo de ejercer el poder y al modo de usar el dinero al interior de la comunidad cristiana. En estas cuestiones se anudan elementos fundamentales para la credibilidad de nuestro modo de

vida y de nuestro anuncio del evangelio. Si el ejercicio del poder es arbitrario, si el uso del dinero sirve para reforzar relaciones de poder, la comunidad cristiana es sometida a una tensión malsana, que termina enfermándola.

Lo mismo que si la autoridad no respeta las justas dimensiones de la corresponsabilidad en la vida de cada comunidad e Iglesia local. Estas dimensiones necesitan ser vividas de modo sano y evangélicamente coherente en todos los niveles de la vida eclesial: desde los más altos y generales, a los más locales y pequeños. Jesús nos enseñó claramente sobre estos temas, poniéndolos en relación con su propia persona: «Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón y encontrarán descanso para sus vidas» (*Mateo* 11,29). Y después de lavar los pies a sus discípulos les explica el sentido del gesto: «Ustedes me llaman “Maestro” y “Señor”, y dicen bien, porque lo soy. Pues si yo les he lavado los pies, siendo su Señor y Maestro, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado ejemplo para que hagan lo mismo que hice con ustedes. Les aseguro que el servidor no es más grande que su amo, ni el mensajero más grande que quien lo envió. ¡Felices serán si entienden esto y lo practican!» (*Juan* 13,13-17). Hay un desafío permanente de entender la autoridad en clave de servicio, de tal modo que logremos vencer el riesgo de usar la autoridad en vistas de la dominación y sumisión de nuestros hermanos (cf. *Marcos* 10,41-45). Esto nos plantea preguntas sobre el modo de vivir los diversos ministerios y vocaciones al interior de la Iglesia.

4. Un buen indicador para medir la calidad evangélica de una comunidad cristiana es el modo en el cual la comunidad **acoge, respeta y ayuda a los más débiles**. A los pobres, los frágiles, los vulnerables, etc. Pero también a los desorientados, a los pecadores, a los que han fallado, a los que en un momento no han estado a la altura de lo que se esperaba de ellos. A los niños, a los ancianos, a los poco instruidos, a los que aparentemente tienen muy poco que aportar a la vida de la Iglesia. Somos una comunidad de personas frágiles, de débiles, de pecadores perdonados, que acogiendo el perdón han ido aprendiendo a tener un corazón compasivo y misericordioso.

«Ha escogido Dios más bien a los locos del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios a los débiles del mundo para confundir a los fuertes. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es para reducir a la nada lo que es. Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios. De él les viene a ustedes que estén en Cristo Jesús» (*1 Corintios* 1,27-30). ¿De qué manera los pobres, los débiles, los pecadores se pueden sentir «en su casa» en nuestra comunidad eclesial? ¿Y también los alcohólicos, los drogadictos, los encarcelados y todo el amplio abanico de los sufrientes? ¿Y los pueblos originarios, y los inmigrantes... etc.? « ¡Cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!» « ¡Cómo quisiera una Iglesia realmente compasiva y misericordiosa!». Estamos llamados a convertirnos a la humildad, a la misericordia, a la fraternidad. El Papa Francisco es una luminosa propuesta en este sentido.

5. En la actualidad parece muy difícil vivir la vida cristiana sin **una real y concreta experiencia de comunidad**. Aparecida lo dice con claridad: «Teniendo en cuenta las dimensiones de nuestras parroquias, es aconsejable la sectorización en unidades territoriales más pequeñas, con equipos propios de animación y coordinación que

permitan una mayor proximidad a las personas y grupos que viven en el territorio. Es recomendable que los agentes misioneros promuevan la creación de comunidades de familias que fomenten la puesta en común de su fe cristiana y las respuestas a los problemas. ... No se trata sólo de estrategias para procurar éxitos pastorales, sino de la fidelidad en la imitación del Maestro, siempre cercano, accesible, disponible para todos, deseoso de comunicar vida en cada rincón de la tierra» (*Aparecida* 372). La comunidad es el espacio apropiado para crecer en la fe, para perder los miedos, para fortalecer la esperanza. Es el espacio para aprender a escuchar y acoger a cada persona; para aprender a expresarse sinceramente y a hablar con verdad. Y también el espacio para sentirse escuchado, apoyado y respetado. ¿Cómo fortalecer la experiencia de comunidad en todos los niveles de nuestra Iglesia que peregrina en Chile?

A modo de conclusión. Comenzábamos recordando la experiencia de Pedro y de los apóstoles, que asustados por las olas que amenazaban con hundir la barca se dejaban tomar por el miedo. Por un miedo que evidenciaba su falta de fe. El desafío de la conversión es el de volverse a Dios desde el más hondo nivel de verdad personal, comunitaria y eclesial que sea posible, a fin de hacer de Dios nuestro único tesoro. Poner en él toda nuestra seguridad y ser capaces de vencer las tendencias autorreferentes, que nos llevan a atender a nuestros pretendidos méritos y tesoros, o a obsesionarnos por nuestras fallas y debilidades, de tal modo nos alejan del único manantial de aguas vivas y vivificantes. Este es el punto fundamental del proceso de conversión. Pero de inmediato, anclados firmemente en Dios, nos enseña a vivir de un modo nuevo: con audacia y pasión por el evangelio. Un modo de vida que despierta nuestra fidelidad creativa. Un vivir que nos hace crecer en el amor, en un amor atento a los débiles y sufrientes; un amor hambriento y sediento de justicia para todos. Poco a poco vamos aprendiendo a perder los miedos que nos hacen sordos, ciegos, mudos y paráliticos. Vamos aprendiendo a mirar el mundo con una esperanza teologal, porque reconocemos nuestra realidad como atravesada por la acción de Dios. Nuestras dudas y vacilaciones humanas van encontrando respuesta en el resucitado. En el crucificado y resucitado que nos manifiesta el camino de la auténtica humanización. El camino de la vida plena.

En este proceso de conversión contamos con la compañía y protección de María, discípula y misionera, porque primero acogió en su seno y en su corazón la Palabra de Vida. Y contamos con nuestros compañeros de camino, los santos de nuestra patria, y los santos del mundo entero. Y de modo especial con la compañía de aquellos creyentes sencillos, cotidianos, humildes, que nos han transmitido la fe, que nos han enseñado a creer, que nos han corregido y hecho crecer; y que finalmente son quienes han hecho posible que estemos aquí, en este momento, preguntándonos por cómo responder mejor a nuestro Señor.